

## Negar el alma

Escuchar a la poesía siempre es un ejercicio de humildad intelectual, de ponerse en disposición de recibir y atender aquello que llega con capacidad de reubicar, de entre las propias, las piezas menos obedientes al conocimiento racional, que no único. Así, el yo desde el que nos interpela el poeta siempre recibe de nuestra parte una respuesta dinámica que nos inscribe como lectores en el acto de la creación poética de la que nos sentimos destinatarios.

En *Soliloquio para dos* (La Garúa Libros, 2006), es el yo de Eduardo Moga un yo ajeno al yo: el yo contemplado desde las afueras del ser, el yo que predica en el desierto, que se piensa no oído, no escuchado, el yo que en libertad lamenta cuán ajeno está de sí. Pregunta sobre lo ya —por él— sabido. Discurre y atiende y elabora un monólogo que va constituyéndose en verdad por generación interna desde cada palabra, ascendiendo a cada frase, estrofa y fragmento, hasta conformar el único y amplio poema. Es el discurso, compartiéndose, la única realidad, la última realidad, pues, como bien afirma categórico en su propio epílogo: "hoy sabemos que no hay alma". Es decir: todo el desarrollo de este largo soliloquio sobre el alma, su naturaleza, su sentido, su preeminencia, su posibilidad, es un lugar en el que habremos de buscar la sustancia de su propuesta devanando, aislando, contraponiendo, aplicando un sentido que vaya más allá del evidente, dejándonos sorprender. Es el alma como metáfora del temor, del ser, del dolor, el embozo tras el que el poeta embosca su miedo. Pero, si el poeta sabe que no hay alma, ¿qué es lo que nos quiere decir, hablándonos tanto de ella, hablándose tanto de ella?, ¿a quién se dirige?, ¿desde qué territorio?, ¿con qué intención?

Poesía ontológica, afirma desde la voz poética lo que la voz humana niega, concediéndose y concediéndonos un ámbito de duda en el que la vida pueda pensarse abierta a algún tipo de esperanza, de posibilidad.

La naturaleza volcánica de Eduardo Moga le impide el reposo; la creación poética es, en su caso, un devenir continuo, una actividad imparabile que le mantiene sometido a la triple tensión de su rigor lingüístico, su coherencia intelectual y su inclinación a la asunción del caos como germen del que procede toda creación posible, pues si cada poeta construye su obra como un intento personal de reordenación de las sustancias y energías que forman lo visible, Eduardo Moga edifica su universo con el ímpetu de un dios que administra su ira con templanza, su capacidad de destrucción con cordura y su certidumbre del no ser con armonía. En su caso, esta vitalidad lírica subterránea e incansable emerge en el momento preciso, confirmando la firmeza de una actitud mantenida en el tiempo y el acierto de su opción por la acracia poética más comprometida y reveladora, que convierte cada nuevo libro suyo en una continuación de la descripción del mundo: la narración de una larga epopeya, en la que cada episodio, máximo o mínimo, externo o interno, halla su lugar adecuado.

Parte de la magia de esta poesía, del componente fundacional de la palabra que busca reflejarse en el espejo del lector transformando ambas realidades, la que mira y la mirada, puede diluirse por ese innecesario intento de justificación que cierra el libro bajo el epígrafe de "Un proyecto lúcido y desolado" con el que Eduardo Moga respalda la unión de su largo poema y las ilustraciones de José Noriega, cuya coherencia quizás pueda advertirse apelando a la misericordia de la literatura, para quien dos elementos adyacentes siempre son factibles de múltiples lecturas, sean cualesquiera ambos elementos y la intención o el mero azar de su adyacencia. En este caso, la cita fugaz de ambas artes, imagen y palabra, refuerza por contraposición sus sendas soledades. El desamparo que muestran los cuerpos retratados en el trabajo de Noriega, avala su posibilidad de espíritu, precisamente por esa desolación de casa abandonada, de terreno arrasado que ofrecen sin pudor. Y no precisan texto alguno. De igual modo, el poema adviene como una entidad exenta, plena, completa e independiente, una ola, marea o manada que avanza sin precisar de la coda justificativa de su autor, ni de la acre serie, bastante cruda en su desamparo, de las fotografías que le acompañan.

Esa negación se erige como afirmación que busca respuesta. Pese al cartesianismo con que quisiera elaborar su alegato, pese a su razón, el poeta no descarta una remota posibilidad de milagro; y a ella se confía, porque su mano no sólo transcribe lo que dicta su voluntad. El poeta se sorprende a veces escribiendo, desde un yo que no es el asumido por él, palabras escindidas de un contexto que creía conocer y dominar. Pero ¿quién abre esas puertas de ocultos accesos?, ¿quién, oportunamente, libera esa frase precisa, ese temblor, esa súbita concordancia con el todo o la nada?

Negar el alma puede ser también negar la capacidad de sufrimiento y de memoria, aunque se sepa que el cuerpo es alma informada; el cuerpo: simultáneos residencia y habitante, no sólo casa del ser, sino el propio ser.

De este modo, nuestro poeta mantiene el derecho a escribir, a hablar, a vivir en defensa propia, blandiendo sus verdades desde la naturalidad de lo evidente y esgrimiendo desde el artificio de la palabra verosímiles artefactos de apariencia sólo literaria, que disimulan en su centro el núcleo poderoso y desnudo de la Verdad. Porque ninguna palabra poética que brota del corazón, miente. Y eso, Eduardo Moga, lo sabe, lo ejerce y lo comparte.

Federico Gallego Ripoll

[Eduardo Moga-José Noriega, *Soliloquio para dos*, Santa Coloma de Gramenet, La Garúa, 2006]